

# GUERRA E IDENTIDAD NACIONAL

Andrés RESÉNDEZ FUENTES  
*Universidad de Chicago*

## INTRODUCCIÓN

DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX y una parte del presente, la historiografía mexicana sobre la guerra de 1847 no pudo escaparse de las acusaciones partidistas e imputaciones personales. Historiadores liberales y conservadores deslindaron responsabilidades por la derrota y repartieron culpas entre los distintos protagonistas de la guerra. Sin embargo, recientemente, la historiografía de la guerra ha intentado ir más allá del debate político interno de aquella época. Una línea de investigación, particularmente prometedora, ha buscado colocar a la guerra de 1847 en el contexto más amplio del proceso de formación nacional.<sup>1</sup> Y es que la guerra, como ningún otro episodio, evidenció la “debilidad” de México como nación. Fue un verdadero nadir en el difícil proceso de constituir una identidad nacional propia y de establecer un Estado nacional.

En vísperas del conflicto con Estados Unidos, México contaba con elementos de unión indiscutibles. Antes de la conquista española, los mexicas ya habían conformado una red de alianzas locales y regionales que unían a una buena parte del territorio que después llegaría a ser la Nue-

<sup>1</sup>VELASCO MÁRQUEZ y BENJAMIN, 1994, p. 113. Véase también “Repaso historiográfico”, en VÁZQUEZ, 1972, pp. 27-49.

va España a través de vínculos comerciales, tributarios, y culturales. El régimen colonial aprovechó estos lazos pre-existentes, pero además introdujo nuevos elementos que llegarían a ser aglutinadores como la religión católica y la administración colonial misma. Finalmente, la gesta independentista vino a proporcionar héroes y símbolos patrios que fueron ampliamente difundidos entre la población y que se agregaron a la memoria histórica de la incipiente nación. Y sin embargo, el conflicto con Estados Unidos reveló que también había enormes debilidades.

José Fernando Ramírez, quizá el observador más lúcido entre los que dejaron testimonios escritos de la guerra, se lamentaba de la falta de unión e indiferencia entre los mexicanos. Ramírez hacía notar que tanto Hernán Cortés como “el general Scott y sus ‘yankees’” hollaron las playas de Veracruz en semana santa sin que este hecho hubiera generado un pundonor nacional capaz de hacer frente al invasor: “un pueblo sensato y patriota se une y hace frente al primer amago de peligro común; el que no lo es se subdivide y debilita, allanando así los obstáculos al invasor que triunfa sin resistencias”.<sup>2</sup> Ejemplos no le faltaron: los poblados que no opusieron ninguna resistencia a la entrada de los estadounidenses, algunos federalistas radicales que deseaban el triunfo de aquéllos para instaurar en el país un sistema político que ellos mismos no habían podido lograr en la contienda política, comerciantes de la frontera norte cuyos intereses dependían de que se mantuvieran abiertas las vías de comunicación con Estados Unidos, caciques dispuestos a transar con quien les garantizara mayor libertad para obrar en sus feudos. Todos ellos secreta o abiertamente deseaban el triunfo de los estadounidenses aun a expensas de sus lealtades nacionales.

Basándome en la reciente literatura sobre identidad nacional y nacionalismo, lo que intento hacer en este artículo es ofrecer una interpretación de la “debilidad” de México que puede verse en tres sectores: primero, en las disputas internas entre los partidos políticos que evidenciaban la au-

<sup>2</sup> GARCÍA, 1991, p. 512.

sencia de un Estado verdaderamente nacional; segundo, en la existencia de profundas divisiones étnicas que ni el discurso hispanista ni el patriotismo criollo habían podido atenuar, y tercero, en la permanencia de intereses regionales que a menudo se contraponían a los nacionales.<sup>3</sup> Estas tres circunstancias condicionaron las respuestas de los habitantes del país ante la invasión estadounidense e hicieron que aunque muchos colaboraran en la defensa y actuaran de acuerdo con los intereses de la nación, otros, por el contrario, traicionaron, negociaron con los estadounidenses, y medraron con sus lealtades colectivas en el momento en el que la existencia misma de esa reciente invención llamada “México” estaba en juego. Esto hizo de la guerra de 1847 no tanto un conflicto entre dos naciones, sino una complicada red de relaciones entre un ejército invasor y varios grupos sociales que no necesariamente querían resistir.

En este sentido, la invasión estadounidense constituye una ventana privilegiada para asomarnos al problema más general que enfrentó México durante todo el siglo XIX, el problema de fundar una nación sobre bases sólidas. ¿Hasta qué punto la gente que vivía en lo que hoy es el territorio mexicano y el suroeste estadounidense se sentía parte de la nación mexicana? La guerra fue un parteaguas dramático, una “coyuntura crítica” donde diversas regiones y localidades, distintas clases sociales, diversos grupos étnicos, y bandos políticos tuvieron que definirse respecto a la nación. El desarrollo de la guerra nos permite, entonces, analizar las respuestas de todos estos grupos sociales y unidades geográficas ante la amenaza del aniquilamiento de la nacionalidad.

#### FACCIONES POLÍTICAS Y NACIONALISMO

En 1850 Luis Gonzaga Cuevas identificó al partido liberal como el “partido anexionista” e inversamente ensalzó

<sup>3</sup> GELLNER, 1991; ANDERSON, 1983; SMITH, 1986 y 1991, y HOBBSAWM, 1990. Para el caso de México véase BRADING, 1985 y 1991; NORIEGA, 1992; GORTARI RABIELA, 1995; THOMSON, 1989, y MALLON, 1988 y 1995.

al conservador como el partido de la independencia de México: “el tiempo ha venido a romper el velo que ocultaba la verdad [...] hoy sabemos ya positivamente, que no hay en México más que conservadores y anexionistas”.<sup>4</sup> Su caracterización era sumamente parcial e interesada, pero tal opinión estaba lejos de ser minoritaria. Los hombres de bien, luego centralistas y más tarde conservadores, se presentaron como los adalides de la nación en la medida en que buscaron un gobierno fuerte capaz de integrar los intereses regionales, defendieron a la Iglesia católica y la erigieron en pilar de la nación, y algunas veces recurrieron al discurso hispanista.<sup>5</sup> Su desconfianza hacia el expansionismo anglosajón se hizo patente desde la primera administración de Anastasio Bustamante (1829-1832), que hizo esfuerzos por ejercer un mayor control sobre Texas. Esta preocupación culminó con la promulgación de la ley del 6 de abril de 1830, redactada por una comisión del Congreso “para la integridad territorial de la República”, por la cual se rescindieron casi todas las concesiones de colonización en Texas —cuyos poseedores eran mayoritariamente angloamericanos— y se prohibió totalmente la inmigración de estadounidenses a Texas. La asociación entre centralismo y defensa de la integridad nacional quedó todavía más clara durante la insurrección texana de 1835-1836. El gobierno del general Santa Anna, en tránsito hacia el centralismo, trastocó los términos del discurso. Mientras que los insurrectos de Coahuila y Texas hablaban de una revuelta federalista y se quejaban de los abusos del gobierno nacional, el de Santa Anna se hacía eco de un discurso patriótico:

Los colonos establecidos en Tejas acaban de dar el testimonio más inequívoco del extremo a que puede llegar la perfidia, la ingratitud y el espíritu inquieto que los anima, pues olvidando lo que deben al Gobierno Supremo y a la Nación que generosamente los admitió en su seno, y les ha dado terrenos

<sup>4</sup>Gonzaga Cuevas, 1850, en GARCÍA CANTÚ, 1965, p. 296.

<sup>5</sup>La composición y banderas políticas de estos grupos fueron cambiando. Véase SORDO CEDEÑO, 1993.

fértiles que cultivar y proporcionándoles todos los recursos para vivir con comodidad y abundancia, se han sublevado contra ese mismo Gobierno haciendo armas contra las de la Nación [...] el Exmo. Señor Presidente justamente irritado de una conducta tan pérfida ha fijado toda su atención sobre ella, y para reprimir y castigar esa porción de extranjeros ingratos ha dictado ya las providencias que exige la naturaleza de un verdadero crimen contra la Nación.<sup>6</sup>

La fama de “anexionista” que perseguía y atormentaba al partido federalista se remontaba también a la guerra de Texas y las subsiguientes alianzas y contra otras entre movimientos federalistas y angloamericanos en la frontera norte. A mediados de 1835, cuando la provincia de Texas estaba a punto de separarse del seno mexicano, varios federalistas prominentes que habían sido depuestos en el cambio de gobierno se establecieron en Texas y Nueva Orleáns. Entre ellos estaba el ex vicepresidente Valentín Gómez Farías, el general José Antonio Mexía, el ex gobernador de Coahuila y Texas Agustín Viesca, el coronel Martín Peraza, el presbítero José María Alpuche y otros.<sup>7</sup> Este influyente grupo de federalistas participó activamente en el torbellino de eventos que terminarían en el traumático cercenamiento de aquella parte del territorio nacional. Pero de todos ellos, el más decidido partidario de los texanos fue el ex gobernador del Estado de México, ex ministro de Hacienda, y dueño de importantes concesiones de tierra en Texas, Lorenzo de Zavala.<sup>8</sup> En diciembre de 1835 y enero de 1836, a medida que la rebelión de Texas adquiría tintes claramente separatistas, el liderazgo federalista se escindió. Valentín Gómez Farías, el general Mexía, y el presbítero Alpuche repudiaron el proyecto de los colonos texanos que antes se habían pronunciado por la constitución federal, pero que ahora sólo aspiraban a hacerse inde-

<sup>6</sup> *Alcance* (17 nov. 1835).

<sup>7</sup> Gómez Farías a Cos, Monterrey, 1º de junio de 1835, BL, AHSD, 1095, micropelícula 23, pp. 234-235.

<sup>8</sup> HUTCHINSON, 1956, pp. 1-47.

pendientes de México. El coronel Peraza dijo que él era “mexicano por nacimiento y jamás podría estar gustoso con que se le usurpase a la nación mexicana una parte tan interesante como ésa”.<sup>9</sup> Pero Lorenzo de Zavala continuó apoyando la revuelta aún después de declarada la independencia de Texas y más tarde fungiría como vicepresidente de la recién creada nación. Pese a sus protestas en contrario, la revuelta texana marcó a los federalistas con el estigma del separatismo. Proyectos separatistas posteriores fueron atribuidos invariablemente a los federalistas. En 1839 “un zacatecano federalista” propuso nada menos que la amalgamación de Texas con media docena de estados del norte de México:

[...] si exceptúa usted a los frailes, faltos ya de todo concepto; a los comandantes militares generalmente aborrecidos, y a un muy corto número de imbéciles partidarios de las ideas retrógradas, toda la población de estos estados anhela separarse de la parte meridional, donde se ven como hacinados todos los elementos más propios para perpetuar los privilegios aristocráticos, la tiranía militar, y el yugo ignominioso de la superstición.<sup>10</sup>

El problema del patriotismo de los partidos políticos volvió a plantearse cuando el gobierno del presidente José Joaquín de Herrera tuvo que hacer frente a la cuestión de Texas. A fines de marzo de 1845 llegó a México la noticia de que el Congreso estadounidense había aprobado la agregación de Texas a aquel país. La reacción inicial de la administración de Herrera fue la de romper relaciones con Estados Unidos, aunque dejó la puerta abierta para llegar a un entendimiento mediante el cual México reconocería la independencia de Texas a cambio de que esta última no fuera anexada a Estados Unidos.<sup>11</sup> A excepción de los moderados,

<sup>9</sup>El desterrado a su amante, Nueva Orleans, 26 de febrero de 1836, en BHC, NA, 2q311, 253 y 126-129.

<sup>10</sup>*Correo Atlántico* (6 mar. 1839). Era un periódico en español publicado en Nueva Orleans por el federalista desterrado O. de A. Santángelo. El artículo apareció también en el *Telegraph and Texas Register* (10 abr. 1839).

<sup>11</sup>SANTONI, 1987, pp. 41-66.

que constituían la base de apoyo de la administración de Herrera, los demás partidos criticaron la política del presidente hacia Texas y Estados Unidos. Pero detrás de la retórica agresivamente nacionalista, había una multiplicidad de intereses y ambiciones personales y de partido que no podían ocultarse. Más reveladora todavía es la facilidad con la que los líderes de los partidos cambiaban de postura y de retórica frente a la invasión, todo lo cual demostraba hasta qué punto los partidos funcionaban a partir de notables cuyas bases sociales les imponían pocos límites a su juego político y a sus estrategias para alcanzar el poder. Esta flexibilidad contrasta con el movimiento liberal y patriótico de los años cincuenta y sesenta en los cuales los líderes tuvieron menor margen de maniobra respecto de sus bases como lo han demostrado Thomson y Mallon.<sup>12</sup>

El general Paredes muy pronto dejó ver su hostilidad hacia la anexión de Texas. Pero tal actitud estaba indisolublemente ligada a sus aspiraciones políticas. Como encargado del ejército que debía operar en Texas, el general Paredes tenía fuertes incentivos para que la cuestión de esta provincia no fuera solucionada por la vía diplomática. Su disyuntiva era clara, si la administración del presidente Herrera se decidía a ceder Texas a cambio de una compensación en efectivo, “el Ejército de San Luis, no teniendo ya objeto, puesto que no ha de haber campaña, será disuelto dentro de muy poco”.<sup>13</sup> Ésta fue una de las consideraciones que en última instancia decidió al general Paredes a encabezar una revuelta contra el gobierno del presidente Herrera. El argumento principal del plan de San Luis era un ardiente llamado para iniciar la guerra contra Estados Unidos para evitar la anexión de Texas. El plan contemplaba el establecimiento de una junta que designaría al Poder Ejecutivo, pero hacía hincapié en que todos los miembros de la junta debían ser funcionarios

<sup>12</sup> THOMSON, 1989, pp. 67-68 y MALLON, 1988, pp. 30-39.

<sup>13</sup> Sin firma (posiblemente el ministro español Bermúdez de Castro) al general Paredes, México, 14 de octubre de 1845, en GARCÍA, 1974, p. 633.

“que se hubieran opuesto decididamente a los esfuerzos que la administración de Herrera realizaba para negociar con los Estados Unidos la anexión de Texas”.<sup>14</sup> Sin embargo, una vez que se puso al frente del gobierno, el general Paredes moderó su retórica patriótica demostrando que la lucha contra la anexión de Texas, más que un fin, había sido un medio para alcanzar sus fines políticos. En su programa de gobierno se limitaba a reiterar sus críticas al general Herrera por su “indecisión y debilidad” en las negociaciones de Texas, pero evitó comprometerse a llevar a cabo la guerra. Más aún, en pocas semanas quedó claro que el general Paredes, igual que su predecesor, deseaba arreglar pacíficamente el asunto de Texas.<sup>15</sup>

Desde el otro extremo, los federalistas radicales de Gómez Farías también usaban la cuestión de Texas para lograr sus metas políticas. A principios de mayo de 1845, cuando el gobierno solicitó autorización para entrar en negociaciones con Texas, *El Estandarte Nacional*, uno de los periódicos que representaba a la opinión radical, arremetió contra el gabinete de Herrera pidiendo la renuncia de esos “pigmeos miserables” que osaban hacer leyes para sumir a México “en el fango del oprobio y la ignominia”.<sup>16</sup> La abierta hostilidad de Gómez Farías hacia cualquier arreglo de la cuestión de Texas se originaba en parte en su experiencia de 1835-1836. Pero al mismo tiempo, igual que en el caso de Paredes, la exaltada retórica nacionalista del grupo de Gómez Farías llevaba el propósito de ganarse a la opinión pública para allanar el camino hacia la presidencia. Desde su regreso a México en febrero de 1845, Gómez Farías no cesó de impulsar a su grupo para tomar el poder, primero por la vía pacífica y después promoviendo asonadas en junio y septiembre que no prosperaron. Los radicales se valieron de una furibunda retórica antianexionista para obtener votos en las elecciones de septiembre con el fin de remplazar las dos cámaras del Congreso, y de hecho,

<sup>14</sup> SOTO, 1988, pp. 72 y 92.

<sup>15</sup> SANTONI, 1987, pp. 201-206.

<sup>16</sup> *El Estandarte Nacional* (3 mayo 1845), en SANTONI, 1987, p. 80.

obtuvieron una gran victoria que le abrió a Gómez Farías la posibilidad de tomar el control político del país.<sup>17</sup>

La línea dura adoptada por los federalistas radicales fue a menudo un mero instrumento político. Esto quedó de manifiesto una vez que el general Paredes asumió el poder. Entonces el grupo de Gómez Farías tuvo que elegir entre oponerse al proyecto monárquico o al expansionismo estadounidense. En una reveladora carta a Gómez Farías, Manuel González Cosío, quien seis meses después sería nombrado gobernador de Zacatecas, explicó su predicamento y ofreció su solución

Si como la posición geográfica de nuestro desgraciado Estado [que] es tan central fuera limítrofe, siquiera como Chihuahua, habríamos proclamado nuestra independencia y aún nuestra unión a los Estados Unidos. Sí, nuestra unión a aquella República, porque en la forzosa y dura alternativa de perder la libertad o la nacionalidad, la elección es muy obvia, Texas ha hecho mil veces bien, y lo mismo hará California.<sup>18</sup>

No es sorprendente que las diversas facciones políticas hubieran hecho uso del asunto de Texas con fines propagandísticos antes de iniciada la guerra. Pero una vez que las tropas estadounidenses invadieron el territorio nacional, las pugnas políticas, lejos de ceder ante la palpable agresión externa, adquirieron mayor encono. A diferencia de lo que ocurriría durante la intervención francesa cuando el movimiento liberal mostró un fuerte patriotismo de bases que sus líderes difícilmente pudieron ignorar, durante la guerra de 1847 la lógica del faccionalismo político dictó la respuesta del gobierno mexicano a la invasión y terminó por paralizar totalmente la resistencia armada. Más que ningún otro episodio, la lucha civil desatada en la capital a principios de 1847 demuestra dramáticamente hasta qué grado los es-

<sup>17</sup> SANTONI, 1987, pp. 120-122, 148-151, 173-175 y 177-179.

<sup>18</sup> Manuel González Cosío a Gómez Farías, Zacatecas, 27 de febrero de 1846, citado en FUENTES MARES, 1967, p. 248. Aseveraciones como éstas llevaron a Fuentes Mares a proponer que los federalistas puros tenían un "programa secreto" que consistía en promover la anexión de todo México a Estados Unidos, en FUENTES MARES, 1967, pp. 243-253.

fuerzos de defensa eran subsidiarios de las consideraciones políticas. En esencia, una vez que la coalición de radicales y santanistas asumió las riendas del gobierno, los primeros intentaron llevar a la práctica el programa liberal que habían acariciado por tanto tiempo. Gómez Farías usó las guardias nacionales con fines partidistas y el Congreso expidió un decreto de ocupación de los bienes de la Iglesia.<sup>19</sup> Esta última iniciativa generó tal oposición, que precipitó la rebelión de los “polkos”; y todo esto ocurría en la capital justo antes de que tropas estadounidenses ocuparan Veracruz.

La lucha de facciones que precedió a la guerra y que prosiguió con mayor virulencia en el transcurso de ésta, no deja dudas de las extremas divisiones políticas prevaletientes en el país, fracturas tan profundas que ni siquiera la existencia de un enemigo externo pudo reducir. Después de las guerras de independencia, la capacidad hegemónica del Estado mexicano había quedado sumamente disminuida y había dado pie a la fragmentación del poder político entre regiones y caudillos. Todo esto creó una lucha entre caudillos con distintas clientelas políticas por alcanzar el poder sin que ninguno de ellos fuera capaz de organizar un Estado nacional que lograra acuerdos políticos generales en torno de los cuales se hubiera podido organizar la defensa de la nación. Episodios como la rebelión de los “polkos” hicieron evidente hasta qué punto el faccionalismo político había impedido la conformación de un Estado nacional.

#### EL PROBLEMA ÉTNICO

Escritores mexicanos y estadounidenses contemporáneos de la guerra destacaron la diversa matriz cultural a la que pertenecían las dos partes en conflicto: una anglosajona y protestante, y la otra española y católica. Entre los mexicanos, Lucas Alamán era tal vez el más característico y sin duda el más influyente dentro de esta corriente. En 1844-1845 publicó los dos primeros tomos de sus *Disertaciones*, un estudio

<sup>19</sup> SANTONI, 1987, pp. 324-376.

de la conquista de México por los españoles y del establecimiento de la monarquía para poder así conocer “[...] cuál es nuestro origen, cuáles los elementos que componen nuestra sociedad, de dónde dimanen nuestros usos y costumbres, nuestra legislación, nuestro actual estado religioso, civil, y político”.<sup>20</sup> La idea central del libro era rescatar la particularidad hispánica de México, única vertiente del ser nacional que podía dar a México su carácter único y diferente, capaz de oponerse al expansionismo estadounidense basado en principios políticos generales.<sup>21</sup> Alamán, y un grupo fervientemente hispanista, concebían la guerra como un choque de civilizaciones. Ésta fue una de las líneas de argumentación que dio pie a la conspiración monárquica de 1845-1846.<sup>22</sup> Más aún, es interesante notar que estas ideas impulsaron a varios españoles a participar decididamente en la guerra. En aras de este hispanismo, el presbítero español Celedonio Domeco de Jarauta organizó una guerrilla para hostilizar al enemigo a medida que su línea de abastecimiento se extendía de Veracruz a la ciudad de México. Asociado con el general Paredes, el padre Jarauta se pronunciaría en 1848 por proseguir la guerra a los estadounidenses y por la anulación de los tratados de paz. Juan de la Granja, otro periodista y comerciante español quien más tarde introdujera el telégrafo a México, dejó igualmente testimonios de su hispanismo esencialista y de su oposición a deponer las armas:

La paz se ha hecho, y con ella se ha sellado la afrenta de México y la próxima ruina y exterminio de nuestra raza y las demás que habitan este hemisferio. Dígame usted ahora, si por una miserable ganancia que momentáneamente nos pueda proporcionar a unos cuantos el comercio, será generoso el sacrificar tan grandes y permanentes intereses.<sup>23</sup>

<sup>20</sup> ALAMÁN, 1969, I, p. 7.

<sup>21</sup> ALAMÁN, 1969. Véanse también cartas entre Lucas Alamán y William H. Prescott, en PRESCOTT, 1925, pp. 533, 571-572 y 583-584.

<sup>22</sup> Son particularmente ilustrativas las opiniones del ministro español Bermúdez de Castro al primer secretario del Despacho de Estado, en DELGADO, 1990, p. 259.

<sup>23</sup> Juan de la Granja a Andrés Patrullo, México, 27 de julio de 1848, en GRANJA, 1937, p. 332.

Pero este proyecto de Alamán y otros hispanistas de constituir la nación a partir de una matriz cultural española tuvo muy poco eco en la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX. Fue cuando más la expresión de un deseo de unidad nacional que no existía.<sup>24</sup> México era mayoritariamente indígena, y aunque la República se había empeñado en borrar todo tipo de distinciones étnicas en documentos oficiales, equiparando a todos los habitantes del territorio nacional como “ciudadanos”, en la práctica quedaban profundas divisiones.<sup>25</sup> La invasión estadounidense exacerbó estas fracturas, pues dio un nuevo aliado a grupos que habían sido subyugados o que por alguna otra razón tenían alguna querrela contra el sistema de gobierno imperante. En el trance de la guerra, las identidades étnicas, tribales, primigenias, afloraron por encima de la identidad nacional más intelectualizada y mediada por funcionarios provinciales y locales.

El norte de México, la región más inmediatamente expuesta a los avances estadounidenses, era un verdadero mosaico étnico que remotamente podía conformarse a los deseos de los hispanistas mexicanos. En el enorme arco comprendido entre la Alta California y Texas habría 37 000 residentes criollos o mestizos, 12 000 indígenas sedentarios, 60 000 angloamericanos concentrados principalmente en el norte y este de Texas, y un número indeterminado, pero muy considerable, de tribus indígenas nómadas o seminómadas.<sup>26</sup> Algunas de estas tribus habían vivido en esta región desde el inicio de la colonia y por mucho tiempo tenido relación con los asentamientos españoles de forma tal que podía hablarse de tribus hispanizadas, pero otras habían llegado muy recientemente. La expansión estadounidense hacia el oeste, en especial después de la guerra de 1812, desplazó a numerosas tribus indígenas, muchas de

<sup>24</sup> BRADING, 1991, pp. 645-646.

<sup>25</sup> Para 1825 el gobierno había abolido los títulos nobiliarios y toda alusión racial y de castas en documentos oficiales.

<sup>26</sup> Estos datos son aproximados y excluyen a la villa del Paso del Norte. Véanse WEBER, 1982, pp. 1-6 y WHITE, 1966, pp. 27-32.

las cuales se dirigieron hacia los territorios mexicanos. Los indígenas cheroquis, savano, delaware, kikapoes y otros, se convirtieron en parte integral de la heterogénea sociedad fronteriza mexicana.<sup>27</sup> Además, la llegada de nuevas tribus indígenas empujó a las ya establecidas hacia el sur. Tal es el caso de los apaches y los comanches que comenzaron a extender sus incursiones hasta Zacatecas y San Luis Potosí. Los redactores de los *Apuntes* estaban muy conscientes de la amenaza que representaban estos grupos:

[...] impulsadas y protegidas por los estadounidenses, las tribus salvajes que habitan los desiertos de nuestros límites con los Estados Unidos, ellas fueron, hace mucho tiempo, la vanguardia de esa invasión que ha penetrado hasta la capital de la República.<sup>28</sup>

Para todos estos grupos, la noción de mexicanidad era vaga, cuanóo no inexistente.

Incluso para los grupos indígenas sedentarios que habían vivido por siglos bajo las instituciones coloniales, la idea de mexicanidad era bastante ajena. Una ola de rebeliones indígenas sacudió al país durante los años de la guerra.<sup>29</sup> En Yucatán, ejércitos mayas amenazaron con exterminar a los criollos y mestizos de la Península. En el istmo de Tehuantepec losjuchitecos lideraron una serie de revueltas. El caso más interesante para nuestros propósitos fue el de los motines que estallaron en Sierra Gorda, la zona montañosa entre San Luis Potosí y Guanajuato. Los grupos indígenas de Sierra Gorda, incorporados tardíamente a la sociedad colonial, prosiguieron su lucha contra el gobierno mexicano durante los años de la guerra, y para ello recurrieron a los estadounidenses que se convirtieron así en un nuevo y poderoso aliado.<sup>30</sup> Según el parte del general Pedro María Anaya, los dos motines más importantes que se verificaron en Sierra Gorda, en Xichú y Tolimán,

<sup>27</sup> José María Sánchez a ministro de Relaciones Exteriores, Nacogdoches, 9 de junio de 1828, en BHC, NA, 2q171, 112 y 327.

<sup>28</sup> *Apuntes*, 1991, p. 189.

<sup>29</sup> TUTINO, 1986, pp. 249-254.

<sup>30</sup> REINA, 1988, pp. 269-294.

fueron encabezados por indígenas que habían entrado en relaciones con el ejército invasor. Uno de estos líderes fue aprehendido en Huichapan, y en varios documentos que le fueron encontrados, así como en el proceso que se le siguió, quedó de manifiesto que “el general en jefe de los estadounidenses había tenido que ver con la rebelión fomentándola y prometiendo mandar armas y protegerla”.<sup>31</sup>

Aún en el centro y el Bajío, donde la presencia española y las instituciones coloniales habían sido más robustas, quedaban profundas divisiones étnicas que impedían o limitaban al menos el florecimiento de un sentimiento de unidad nacional. El general Anaya, en una “Memoria reservada” que presentó al Congreso reunido en Querétaro a principios de mayo de 1848, pedía que fueran remplazados los cuerpos del ejército, compuestos en su mayoría por gente del centro y del Bajío. Anaya quería que en el ejército hubiera solamente “hombres útiles, y no imbéciles, criminales y gente viciosa que no conoce sus deberes ni los que la sociedad les impone, comience su ignorancia desde no entender el idioma español”.<sup>32</sup> El garante de la integridad nacional, el ejército, resultó ser tan heterogéneo como la sociedad mexicana.

Si bien, la guerra difícilmente podía reducirse a un conflicto entre una nación española contra otra anglosajona, como quería verla Lucas Alamán, la religión definió mucho más a las partes en pugna. La guerra de 1847 estuvo más cerca de ser de católicos contra protestantes. En la conformación de la idea nacional, la religión y el guadalupanismo habían sido centrales desde antes de la independencia. En el norte del país el catolicismo había sido el criterio fundamental para distinguir a los mexicanos de las “naciones bárbaras”, o de la nación protestante del norte, desde 1821. Durante la guerra, el tema de la defensa de la religión católica y la simbología religiosa fueron utilizados para fomentar la unidad y resistencia entre los habitantes del país, e incluso ante las tropas enemigas. En Monterrey,

<sup>31</sup> Parte del general Anaya, en ROA BÀRCENA, 1883, p. 575.

<sup>32</sup> Memoria reservada del general Anaya, en ROA BÀRCENA, 1883, pp. 572-573.

algunos sacerdotes mexicanos inducían a los soldados estadounidenses a la desertión usando argumentos religiosos. Durante su estancia en Jalapa, Jacob Oswandel se quejaba de que los mexicanos los incitaban a desertar, aunque él mismo se jactaba de que “solamente tuvieron éxito con la parte católica de nuestro ejército la cual fue persuadida por los sacerdotes de que era equivocado y pecaminoso pelear contra su propia iglesia y religión”.<sup>33</sup> Santa Anna estaba muy consciente del poder de la religión como elemento aglutinador, al repartir propaganda en inglés entre las filas enemigas: “¿Qué no es la religión el lazo más fuerte entre los hombres? [...] ¡Que los mexicanos y los irlandeses formen un solo pueblo, unidos por el sagrado vínculo de la religión y la benevolencia!”<sup>34</sup> Mientras tanto la prensa nacional mantuvo la fe contra toda esperanza: “México triunfará algún día cuando aplacado el Eterno vuelva su vista hacia nosotros y perdone nuestras aberraciones que justamente merecen mucho castigo [...] ¡Que hegüe, señor, que llegue el periodo de tu misericordia!”<sup>35</sup>

La defensa del catolicismo era una bandera que podía aglutinar no sólo a criollos y mestizos, sino a varios grupos indígenas que también temían la imposición de una religión extraña. Carlos María de Bustamante fue un ardiente impulsor del patriotismo criollo, una tradición intelectual que se remontaba a principios del siglo XVII, y que buscaba salvar los problemas ocasionados por la diversidad étnica de México a partir de un discurso indigenista unido a elementos religiosos, especialmente el guadalupanismo.<sup>36</sup> El mejor ejemplo de este fenómeno es la rebelión “mexicanista” ocurrida en Nuevo México en enero de 1847. En agosto de 1846, este lugar había sido ocupado por una pequeña tropa estadounidense que tomó posesión de su territorio. Sin embargo, cinco meses después estalló una revuelta encabezada por miembros de la élite criolla novomexicana y un grupo nu-

<sup>33</sup> Oswandel, *Notes of the Mexican War*, en MILLER, 1989, p. 158.

<sup>34</sup> Propaganda del general Santa Anna publicada en el *Diario del Gobierno*, en MILLER, 1989, p. 163.

<sup>35</sup> *El Republicano*, en BUSTAMANTE, 1994, II, p. 150.

<sup>36</sup> BRADING, 1991, pp. 601-602.

meroso de indios Pueblo. Los alzados masacraron al gobernador estadounidense de Nuevo México, Charles Bent, junto a otros residentes angloamericanos, y a varios novomexicanos “colaboracionistas” del gobierno recientemente establecido por los ocupantes. Este movimiento se apoyó en una retórica de defensa de la religión católica.<sup>37</sup> Una gran inquietud se apoderó de Nuevo México desde el inicio de la guerra. Eran frecuentes los rumores de que los estadounidenses llegarían al territorio a robar, matar, y sobre todo a profanar la religión católica. En estas condiciones, un misterioso documento apareció en las comunidades indígenas de Jémez, San Juan, y probablemente Taos. En él se contaba la historia del gran monarca Montezuma:

[...] para darlo a la luz a los Pueblos situados en la gran Provincia del Nuevo Méjico para que entiendan que son y serán reconocidos por la nación de aquel Gran Monarca a quien deben rendir toda obediencia contando hasta esta fecha. Que no se sabe si estará muerto ni en dónde se encuentra pero al fin puede asegurarse que por varias profecías se halla sepultado dentro del mar Atlántico hasta que Dios Nuestro Señor sea servido darlo a la luz como se espera en la presente época y para que sepan de su nacimiento, y para que no olviden sus primeros principios, se les escribe esta para en observancia en la verdadera religión que no se aparten de ella y que vivan con todo cuidado para que así se verifique su nuevo nacimiento.<sup>38</sup>

La leyenda de Moctezuma yuxtaponía la historia de un héroe mítico de los indígenas Pueblo, Pose-yemo, con la vida de Jesucristo, y todo esto estaba entreverado con el mito fundacional del imperio Azteca. La leyenda tenía la obvia intención de atraer a los indígenas Pueblo a la causa de México usando una poderosa simbología religiosa.

El hispanismo de Alamán y el patriotismo criollo de Bustamante constituyeron dos proyectos distintos para conformar a la nación, no obstante, ambos fracasaron.<sup>39</sup> La

<sup>37</sup> BURTON, 1913, pp. 23-54.

<sup>38</sup> “Historia de Montezuma”, 25 de mayo de 1846, en BHC, BT, 2q240, 788.

<sup>39</sup> Brading explora la relación entre ambos proyectos, en BRADING, 1991, pp. 644-646.

conspiración monárquica del general Paredes fue el intento más acabado de Alamán por llevar sus ideas a la práctica; pero la oposición fue tal que Paredes se desligó del proyecto inicial. La idea de intelectuales como Bustamante de constituir a la nación a partir de una mezcla de indigenismo y catolicismo tuvo mayores posibilidades como lo demuestra la rebelión de Taos. No obstante, cruzadas religioso-nacionales como las de Taos fueron excepcionales durante la guerra. Más comunes fueron las revueltas como las de Sierra Gorda y Yucatán en las que las divisiones étnicas se impusieron sobre las lealtades nacionales. Después de todo, tan sólo 25 años antes de la guerra las comunidades indígenas habían experimentado el cambio de soberanía de España a México, un tránsito que había traído nuevos retos y a menudo desventajas. Más aún, desde la perspectiva de estos grupos, el derrumbamiento de la monarquía española había dejado un vacío de autoridad y legitimidad que difícilmente pudo suplir la nueva nación.

#### LA GUERRA Y LAS REGIONES

El proyecto nacional impulsado desde la capital del país a partir de 1821 encontró grandes obstáculos en las regiones. El faccionalismo político, la diversidad étnica, y sobre todo la red de intereses económicos locales y regionales que prevalecieron en las distintas zonas, limitaron enormemente la capacidad del gobierno para "mexicanizar" efectivamente a la población del país.<sup>40</sup> La guerra contra Estados Unidos vino a exacerbar estas divisiones y a revelar la diversidad de intereses subyacentes. En vista de la amenaza de invasión, y de la incertidumbre y el caos político que prevalecía en el gobierno nacional, los estados reasumieron en mayor o menor grado su soberanía.

<sup>40</sup> Es un fenómeno bien identificado en los recientes trabajos sobre nacionalismo que la "conciencia nacional" surge en forma desigual en las distintas regiones de un país. Véase HOBBSAWM, 1990, p. 12 y HROCH, 1985, pp. 17-32.

Bustamante dividía a los estados del país en tres grandes grupos: los estados del norte que incluían Chihuahua, Durango, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Zacatecas, Nuevo México, Sonora y las Californias; los estados del centro que eran Jalisco, Michoacán, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí y el Estado de México —que en aquel entonces comprendía los actuales Estado de México, Morelos, Hidalgo y Guerrero—, y los estados del sur que comprendían Puebla, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Tabasco y Yucatán. Según el historiador oaxaqueño, los estados del norte tenían intereses totalmente antagónicos a los del centro, mientras que los del sur propendían a “separar su poder, su industria agrícola, su riqueza marítima, su perseguido comercio, sus estériles sacrificios, su despreciado valor y generosidad” de las pretensiones de los estados del centro.<sup>41</sup> En otras palabras, para Bustamante la dinámica principal entre las regiones del país se reducía, en última instancia, a un centro en conflicto con los dos extremos.

La actuación de los estados durante la guerra da sustento a la hipótesis de Bustamante. Los que más contribuyeron a la defensa del país —tomando en cuenta el “contingente de sangre” y las contribuciones en metálico para formar los ejércitos de La Angostura y Cerro Gordo— fueron San Luis Potosí, Jalisco, Michoacán, el Distrito Federal, y en menor medida Zacatecas, Guanajuato, y Querétaro.<sup>42</sup> Los estados del centro, además de ser los más ricos, estaban en una mejor posición para contribuir a la defensa del país que los estados del norte o los del sur que vivían amenazados por revueltas indígenas e incursiones de tribus nómadas. Además, ya que en los estados del centro se había gestado el proceso de independencia y era allí donde se encontraba la sede del gobierno nacional, sus habitantes habían estado más expuestos a la retórica nacionalista. La identidad nacional surgió a partir de un discurso patrióti-

<sup>41</sup> BUSTAMANTE, 1994, II, pp. 183-184.

<sup>42</sup> Véase corte de caja del ejército en San Luis Potosí, en *El Republicano* (14 ene. 1847) y artículos en *El Republicano* (15 ene. 1847) y (10 mar. 1847), así como *Apuntes*, 1991, p. 115.

co y de una serie de símbolos y mitos aceptados y compartidos por la población; en este sentido, los habitantes del centro vivían en los lugares donde estos símbolos se propalaban con mayor insistencia.<sup>43</sup>

Michoacán se convirtió en uno de los bastiones principales de la defensa según lo atestigua la prensa de la época. El batallón activo de Morelia combatió en las campañas del norte y en Cerro Gordo, Molino del Rey y Garita de Belén. El batallón de Matamoros participó en La Angostura. Mientras tanto en Pátzcuaro, fray José María Chávez del convento de San Francisco donó las campanas para que se construyeran piezas de artillería y los ciudadanos de la hacienda de Las Trojes de Anganguero hicieron donativos de consideración, en Zitácuaro operó una junta patriótica de arbitrios muy eficiente, y en Morelia todo era vida y movimiento:

[...] los herreros todos del Estado están construyendo lanzas y machetes por cuenta del mismo. En la Quinta conocida del Canónigo Gato hay una fábrica de pólvora. En varias partes se está construyendo metralla y balas de fusil [...] se han dado ya algunas patentes a muchos de los que han venido de los pueblos con certificados de las autoridades respectivas pidiendo licencia para armar partidas de voluntarios que ansian por vengarse y marchar al campo a batirse, habiéndose repetido hasta cuatro leyes para porporcionarles recursos.<sup>44</sup>

Igualmente, Jalisco contribuyó a la defensa del país. Los batallones del coronel José Guadalupe Perdígón Garay y del teniente coronel Santiago Xicoténcatl reforzaron al ejército que peleó en el norte. Posteriormente, Jalisco envió al batallón de San Blas que tomó parte en las campañas del valle de México y también aportó 30 000 pesos que provinieron de contribuciones y exacciones de la iglesia de Guadalajara.<sup>45</sup>

<sup>43</sup> ANDERSON, 1983, pp. 4-7 y SAHLINS, 1989, p. 9.

<sup>44</sup> *Diario del Gobierno* (22 mayo 1847) y carta anónima, Morelia, 30 de abril de 1847, en BUSTAMANTE, 1994, II, pp. 174-175.

<sup>45</sup> *El Republicano* (11 y 14 mar. 1847).

Si bien el centro cargó con la mayor parte de las responsabilidades de defensa, hubo diferencias notables entre los estados que conformaban esta región. Y estas diferencias se debieron a las cambiantes relaciones entre el gobierno nacional y los estados. El 22 de agosto de 1846, el movimiento federalista que derrocó al general Paredes restableció la Constitución de 1824, disolvió las asambleas departamentales, y decretó que los gobernadores de los estados podían ser removidos por voluntad del gobierno nacional mientras se establecían nuevos gobiernos estatales. Fue así como se conformó una nueva coalición de estados promovida por la administración Salas-Gómez Farías. Melchor Ocampo fue nombrado gobernador interino de Michoacán, Francisco Modesto de Olaguíbel del Estado de México, Manuel González Cosío de Zacatecas, José de Ugarte de Jalisco, etcétera.<sup>46</sup>

Fue esta coalición de estados dominada por líderes radicales la que organizó la resistencia a la invasión a fines de 1846. Sin embargo, el rompimiento entre Gómez Farías y Santa Anna, en marzo de 1847 provocó un reacomodo en esta coalición de gobiernos estatales y federal. Guanajuato reasumió su soberanía pues sus autoridades consideraron que los acontecimientos de la capital dejaban al país “sin un centro de unión”. Dicho acto fue duramente criticado por la prensa nacional que acusó a Guanajuato de escatimarle recursos a la federación en los momentos en que más se necesitaba la unión para repeler al enemigo.<sup>47</sup> Zacatecas rehusó “secundar los esfuerzos del Gobierno de la Unión para defender la independencia”, o al menos no manifestó “toda la actividad y energía” debido a la mala disposición del gobernador González Cosío hacia el general Santa Anna.<sup>48</sup>

<sup>46</sup> La conformación de esta nueva coalición puede seguirse en el *Diario*, de MALO, 1948, I, 301-305.

<sup>47</sup> *Diario del Gobierno* (29 mar. 1847).

<sup>48</sup> *El Republicano* (21 abr. 1847). La rivalidad entre González Cosío y Santa Anna se remontaba a 1835. González Cosío, a la sazón gobernador de Zacatecas, se rehusó a acatar el decreto de reducción de milicias cívicas, y tropas nacionales comandadas por Santa Anna ocuparon la capital del estado el 11 de mayo de ese año.

En vez de mandar tropas al centro del país, el gobierno de Zacatecas aprovechó la confusión de la guerra para ajustar viejas cuentas con Aguascalientes e invadió las municipalidades de Asientos, Rincón y Calvillo.<sup>49</sup>

Factores tan cambiantes como la relación política de cada gobernador con el presidente, el balance de poder en cada estado, o simplemente la disponibilidad de hombres y dinero hacen difícil cualquier generalización sobre el comportamiento de los estados durante la guerra. Pero aún así es claro que los estados del centro fueron los que en conjunto colaboraron más decididamente en la defensa del país.

Esto contrasta con la situación que se vivía en el norte del país, en donde la oposición a la invasión estadounidense fue menor. Bustamante hacía notar que en los estados fronterizos, “predican abiertamente los revoltosos la separación de la República como el único remedio de sus males”.<sup>50</sup> Nuevo México fue invadido por una pequeña tropa estadounidense e incorporado a aquel país sin que se hubiera hecho “un solo disparo” durante la transacción.

Mi hipótesis es que una red de intereses comerciales y de especulación de tierras vinculó a la frontera norte de México con la economía estadounidense desde la década de 1820, y que este proceso terminó por influir en las lealtades nacionales de la sociedad fronteriza.<sup>51</sup> Crecientemente ligados a la órbita económica estadounidense a través del comercio de bienes y la especulación de tierras, muchos habitantes de la frontera norte dependían de la continuación de estas relaciones económicas para su supervivencia y por ende se volvieron menos receptivos al proyecto nacional promovido desde el centro del país. La ocupación pacífica de Nuevo México, en agosto de 1846, puede ser explicada en estos términos. Las fuerzas estadounidenses escoltaban a una caravana de mercaderes que provenía de Missouri, y varios

<sup>49</sup> *Diario del Gobierno* (6 sep. 1847) y *El Republicano* (21 abr. 1847).

<sup>50</sup> BUSTAMANTE, 1994, I, p. 116.

<sup>51</sup> Al respecto, estoy escribiendo una tesis sobre identidad nacional en Texas y Nuevo México: “Caught between Profits and Rituals: National Constestation in Texas and New Mexico, 1821-1848”, tesis de doctorado, Universidad de Chicago (en proceso).

novomexicanos tenían invertidos capitales de consideración en la caravana; entre ellos estaba el gobernador, general Manuel Armijo, quien prefirió entregar el territorio a los estadounidenses pacíficamente y huir.<sup>52</sup> También otros estados y territorios fronterizos amenazaron con separarse. Alta California había estado prácticamente separada del resto de la federación desde principios de 1845, y al inicio de la guerra muchos de sus habitantes empezaron a considerar independizarse de México y llegar a algún otro arreglo que proporcionara seguridad y estabilidad. Algunos líderes locales como Juan Bandini simpatizaban con la causa de Estados Unidos mientras que otros pedían independencia bajo la protección británica o francesa.<sup>53</sup> En Tamaulipas, el jefe de la División del Norte reportó que el general Antonio Canales había iniciado un movimiento en las villas del norte para independizar los departamentos fronterizos bajo la protección de las fuerzas estadounidenses. El reporte indicaba que el general Canales había invitado a los habitantes de Coahuila, Nuevo León, y aun al gobernador de este último.<sup>54</sup>

<sup>52</sup> "Formación de causa al general Manuel Armijo por su actuación política y militar en la ocupación del territorio de Nuevo México [...]", Chihuahua, 1947, BL, AHSD, 2588, micropelícula 11, 1534-1539.

<sup>53</sup> MONROY, 1990, p. 176 y WEBER, 1982, pp. 269-270.

<sup>54</sup> Josefina Z. Vázquez ha escrito recientemente sobre la llamada República del Río Grande, proyecto independentista iniciado en el norte de Tamaulipas en 1839-1840, antecesor del que nos ocupa; en VÁZQUEZ, 1995. La autora concluye que tal república fue una invención de la prensa estadounidense —y de los historiadores subsiguientes que se han basado en tales fuentes—, y afirma que difícilmente pudo haber existido un movimiento genuinamente secesionista entre los federalistas tamaulipecos de las villas del norte, haciéndonos notar la falta de fuentes mexicanas que corroboren tal movimiento. En el caso que nos ocupa, el proyecto preocupó a los mandos militares mexicanos porque la invasión estadounidense hacía más factible su realización. Véanse informe del general Francisco Mejía, general en jefe de la División del Norte, sobre el comportamiento observado por el general Antonio Canales para independizar los departamentos de oriente bajo la protección estadounidense, Linares, 9 de julio de 1846; Juan N. Seguín a Francisco Mejía, 2 de julio de 1846, y Manuel Leal a Francisco Mejía, Linares, 7 de julio de 1846, BL, AHSD, 2180, micropelícula 7, 1123-1125.

Por su parte los departamentos del sur mostraban similares tendencias secesionistas, aunque moderadas por la ausencia de un polo de atracción como lo era Estados Unidos en el norte. Yucatán fue el caso extremo. El 1º de enero de 1846, la asamblea departamental declaró que cesaba la obligación de Yucatán de reconocer al supremo gobierno.<sup>55</sup> Al iniciarse las hostilidades, fuerzas navales estadounidenses ocuparon la isla del Carmen y amenazaron con bloquear los puertos de la Península. Los campechanos enviaron al juez José Rovira a Washington para ratificar la neutralidad de la Península y conseguir que se permitiera el intercambio comercial por Sisal y Campeche. Mientras tanto, Justo Sierra O'Reilly, yerno del gobernador Santiago Méndez Ibarra, le escribió al secretario de Estado estadounidense, James Buchanan, ofreciendo nada menos que la anexión de su provincia a ese país a cambio de ayuda para combatir la sublevación maya.<sup>56</sup> Tabasco había hecho una exitosa defensa de su capital en octubre de 1846 cuando fue atacada por la escuadra del comodoro Mathew C. Perry. Pero en virtud del escaso apoyo que recibió del centro, el coronel Juan Bautista Traconis, gobernador del departamento, decidió rebelarse aunque al poco tiempo desistió.<sup>57</sup>

Entre los estados del sur —según la clasificación de Bustamante— el caso de Puebla fue el que más enojo causó entre los patriotas mexicanos. No opuso ninguna resistencia a la entrada de las tropas estadounidenses. Peor todavía, la población dio un recibimiento hostil al ejército mexicano que venía en retirada después del desastre de Cerro Gordo. Muchos poblanos deseaban que los soldados mexicanos desocuparan la plaza pues los consideraban como un pararrayos que atrae la tempestad.<sup>58</sup> Parte de esta

<sup>55</sup> Bustamante no ocultaba su disgusto por todo lo ocurrido: "preciso es compadecer a hombres que tan ligeramente han procedido, echando la cuenta sin el huésped, pues no conocen el suelo que pisan", BUSTAMANTE, 1994, I, pp. 125-126.

<sup>56</sup> Justo Sierra O'Reilly a James Buchanan, Mexcanú, 25 de marzo de 1848, en GARCÍA CANTÚ, 1965, pp. 269-273.

<sup>57</sup> *El Republicano* (16 ene. 1847).

<sup>58</sup> ROA BARCENA, 1883, pp. 245-246.

animadversión se explica por motivos coyunturales, ya que el general Santa Anna, en su afán de proveer de monturas a la caballería, dictó medidas arbitrarias, y esta circunstancia “no dejó de influir en acabar de enajenar a los restos del infortunado ejército de Cerro Gordo las simpatías de la población”.<sup>59</sup> Otro hecho que terminó de pintar el cuadro de la “traición” de Puebla fue que un grupo de 400 poblanos bajo las órdenes del coronel Manuel Domínguez y del capitán Pedro Arias se hubiera puesto a las órdenes de los estadounidenses como “compañía de espías”. Domínguez y Arias operaron en el corredor de Veracruz a Puebla combatiendo a las guerrillas mexicanas.<sup>60</sup>

Las diversas reacciones de los estados frente a la invasión revelaron los intereses profundos de cada región. La hipótesis de Bustamante de un centro en pugna con sus dos extremos se sostiene en términos generales durante los años de la guerra. La falta de contacto entre el centro y las zonas periféricas del país, el proceso de fragmentación y regionalización del poder político desde el periodo de las guerras de independencia, y sobre todo la permanencia de intereses económicos locales y regionales, hicieron que la resistencia a la invasión se circunscribiera a los estados del centro y del Bajío mientras que algunos proyectos secesionistas proliferaron en el norte y en el sur.

### CONCLUSIÓN

Al término de la guerra y sumidos en el más profundo desencanto, los editores de *El Siglo XIX* dieron su veredicto del país: “En México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional [...] sólo hay una simple colección de hombres sin los lazos, los derechos, o los deberes que constituyen a una sociedad”.<sup>61</sup> Este juicio tan severo recogía el sentir de una parte de la sociedad mexicana que

<sup>59</sup> ROA BÁRCENA, 1883, p. 244.

<sup>60</sup> ROA BÁRCENA, 1883, p. 670.

<sup>61</sup> *El Siglo XIX* (1<sup>o</sup> jun. 1848), en HALE, 1957, p. 155.

había visto frustrados todos los esfuerzos por evitar la desmembración del país. La lucha de facciones durante la guerra puso de manifiesto la ausencia de un Estado nacional que promoviera los intereses del país y que generara consensos políticos que sirvieran como piedra de toque de la resistencia a la invasión. Las coaliciones federalistas y centralistas que se sucedieron desde la independencia habían fracasado en la tarea de imponer una hegemonía efectiva sobre las distintas regiones y grupos sociales del país. La guerra de 1847 también marcó el fin de una serie de intentos patrióticos —en el sentido de tener contenidos más emotivos que políticos— por constituir una nación. Tal es el caso del proyecto hispanista de Lucas Alamán y del patriotismo criollo impulsado por intelectuales como Bustamante.

En este sentido debemos entender la guerra como un hito en un proceso de formación nacional más amplio. Este replanteamiento tiene, además, un corolario para la frontera norte de México. Tendemos a pensar que México perdió más de la mitad del territorio nacional como resultado, simplemente, de una serie de derrotas militares. Pero más allá de los episodios de la guerra misma, las lealtades de los habitantes del país, sobre todo de los que vivían en la frontera norte, habían sido condicionadas por una serie de alianzas locales y regionales, de ligas económicas, y de intereses políticos que crecientemente los vinculaban con Estados Unidos. Bajo esta perspectiva, la guerra de 1847 no es más que la culminación de una serie de procesos que habían afectado a la frontera norte por décadas.

Así, la guerra fue un punto de inflexión que dio fin a un ciclo de proyectos nacionales fallidos, pero sentó las bases de donde surgiría un verdadero Estado nacional y una verdadera nación. La coalición federalista de estados que hizo frente a la invasión, o instituciones como las guardias nacionales, creadas al vapor en 1847-1848 para subsanar las deficiencias del ejército regular, fueron las semillas de donde surgiría un nuevo orden liberal y una nueva noción de ciudadanía que 20 años después fue capaz de derrotar al proyecto imperial europeo.

## SIGLAS Y REFERENCIAS

- BHC, BT Barker History Center, Bandelier Transcripts.  
 BHC, NA Barker History Center, Nacogdoches Archives.  
 BL, AHSD Bancroft Library, Archivo Histórico de la Secretaría de Defensa.
- ALAMÁN, Lucas  
 1969 *Disertaciones*. México: Jus, t. 1.
- ANDERSON, Benedict  
 1983 *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres. Verso.
- Apuntes*  
 1991 *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- BRADING, David A.  
 1985 *The Origins of Mexican Nationalism*. Cambridge: Centre of Latin American Studies.  
 1991 *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State: 1492-1867*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BURTON, Bennett  
 1913 "The Taos Rebellion", en *Old Santa Fe*, 1, p. 2.
- BUSTAMANTE, Carlos María de  
 1994 *El nuevo Bernal Díaz del Castillo*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Fondo de Cultura Económica.
- DELGADO, Jaime  
 1990 *La monarquía en México, 1845-1847*. México: Porrúa.
- FUENTES MARES, José  
 1967 *Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante*. México: Jus.
- GARCÍA, Genaro  
 1974 *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. México: Porrúa.  
 1991 *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. México: Porrúa.

GARCÍA CANTÚ, Gastón

- 1965 *El pensamiento de la reacción mexicana: historia documental, 1810-1962*. México: Empresas Editoriales.

GELLNER, Ernest

- 1991 *Nations and Nationalism*. Londres: Verso.

GORTARI RABIELA, Hira de

- 1995 "El territorio y las identidades en la construcción de la nación", en HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia, *Cincuenta años de historia en México*. México: El Colegio de México.

GRANJA, Juan de la

- 1937 *Epistolario*. México: s.e.

HALE, Charles A.

- 1957 "The War with the United States and the Crisis in Mexican Thought", en *The Americas*, 14, p. 3.

HOBSBAWM, Eric J.

- 1990 *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.

HROCH, Miroslav

- 1985 *Social Preconditions of National Revival in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

HUTCHINSON, C. A.

- 1956 "Mexican Federalists in New Orleans and the Texas Revolution", en *Louisiana Historical Quarterly*, 30, p. 1.

MALLON, Florencia

- 1988 "Peasants and State Formation in Nineteenth-Century Mexico: Morelos, 1848-1858", en *Political Power and Social Theory*, 7, p. 1.

- 1995 *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press.

MALO, José Ramón

- 1948 *Diario de sucesos notables*. México: Patria, t. 1.

MILLER, Robert Ryal

- 1989 *Shamrock and Sword: The Saint Patrick's Battalion in the US-Mexican War*. Norman: University of Oklahoma Press.

- MONROY, Douglas  
 1990 *Thrown Among Strangers: The Making of Mexican Culture in Frontier California*. Berkeley: University of California Press.
- NORIEGA, Cecilia Elio (coord.)  
 1992 *El nacionalismo en México*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- PRESCOTT, William H.  
 1925 *The Correspondence of William Hickling Prescott, 1833-1847*. Boston: The Riverside Press.
- REINA, Leticia  
 1988 "The Sierra Gorda Peasant Rebellion, 1847-50", en *Riot, Rebellion, and Revolution*. Princeton: Princeton University Press.
- ROA BÁRCENA, José María  
 1883 *Recuerdos de la invasión norteamericana, 1846-1848*. México: Librería Madrileña de Juan Buxó y Cía.
- SAHLINS, Peter  
 1989 *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees*. Berkeley: University of California Press.
- SANTONI, Antonio  
 1987 "Los federalistas radicales y la guerra del 47", tesis de doctorado. México: El Colegio de México.
- SMITH, Anthony D.  
 1986 *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Blackwell.  
 1991 *National Identity*. Reno: University of Nevada Press.
- SORDO CEDEÑO, Reynaldo  
 1993 *El Congreso en la primera República centralista*. México: El Colegio de México-Instituto Tecnológico Autónomo de México.
- SOTO, Miguel  
 1988 *La conspiración monárquica en México, 1845-1846*. México: Offset.
- THOMSON, Guy P.C.  
 1989 "Bulwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88", en *Latin American Studies*, 22, p. 2.

TUTINO, John

- 1986 *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*. Princeton: Princeton University Press.

VÁZQUEZ, Josefina Z.

- 1972 *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*. México: «SepSetentas».
- 1995 *La supuesta república del Río Grande*. Ciudad Victoria: Universidad Autónoma de Tamaulipas.

VELASCO MÁRQUEZ, Jesús [y] Thomas BENJAMIN

- 1994 "La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848", en *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores.

WEBER, David J.

- 1982 *The Mexican Frontier 1821-1846: The American Southwest under Mexico*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

WHITE, Gifford

- 1966 *The 1840 Census of the Republic of Texas*. Austin: Pemberton Press.